



Comentario bibliográfico

Alexei Yurchak, *Todo era para siempre, hasta que dejó de existir. Cómo vivía, qué creaba, de qué se reía y con qué soñaba la última generación soviética.* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2024).

Emilia Druetta

Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires
emiliadruettauba@gmail.com

Fecha de recepción: 03/10/2025
Fecha de aprobación: 10/11/2025

Por qué seguir hablando de la Unión Soviética —pasadas décadas de su desintegración— es una pregunta que, a simple vista, puede parecernos impertinente o hasta incluso inadecuada. En las sociedades occidentales contemporáneas, las cuales parecen tan alejadas de cualquier experiencia socialista hegemónica y del histórico grado de polarización alcanzado durante la Guerra Fría, el capitalismo se presenta como el único marco de referencia existente. Sin embargo, en la confusa heterogeneidad ideológica del presente, aún existen quienes categorizan al comunismo soviético como una amenaza latente, a pesar de encontrarnos bien entrado el siglo XXI. Irónicamente, estos postulados recientes ponen de relieve aquello mismo que querrían cancelar: esto es, que ninguna experiencia está completamente cerrada y harta de reflexión. El socialismo soviético se refuerza, a través de esas declaraciones mediáticas que clasifican al comunismo como un fantasma aún

presente y con capacidad de daño, como un interrogante, como una convocatoria a reexaminar el pasado y reconsiderar las experiencias soviéticas y las alternativas al capitalismo.

El libro de Alexei Yurchak *Todo era para siempre, hasta que dejó de existir* constituye un aporte al análisis histórico sobre el socialismo tardío y la experiencia de la desintegración de la URSS. Esta obra, que fue publicada originalmente en inglés en 2005, ha sido recientemente traducida y editada al español para su distribución en la Argentina por la editorial Siglo XXI. Además de estudiar el proceso que llevó al fin del régimen soviético, a través de esta obra el autor realiza una contribución a la historia de la vida cotidiana, analizando la relación entre el discurso estatal y los jóvenes que vivían detrás de la “cortina de hierro”.

Alexei Vladimirovich Yurchak nació en Leningrado en 1960. Es un antropólogo soviético que fue exiliado de la URSS y continuó sus estudios en los Estados Unidos hasta lograr el título de doctor en antropología cultural por la Universidad de Duke. Actualmente se desempeña como profesor de antropología en la Universidad de California, Berkeley. Desde una revisión de su propia experiencia personal, el autor analiza el período del socialismo tardío (1950-1980), centrándose en la intersección entre la cultura y la agencia del sujeto que estudia, que en este caso será la juventud soviética que creció y vivió entre la desestalinización y la reestructuración del período de la *perestroika*. Su objetivo a la hora de adentrarse en las características de la etapa será entonces “investigar este período a través de los ojos de la última generación soviética” (p.22).

Esta obra nos permite repensar, en primer lugar, la caída de los sistemas y el desgaste que conllevan las crisis políticas. Dentro de este marco, el autor intenta responder otra pregunta de relevancia y que está lejos de ser completamente respondida, es la de por qué cae la Unión Soviética. El análisis del socialismo tardío entre la década del 50 y los años 80 aparece como clave para responder la pregunta de por qué se desintegró la URSS, la cual por casi un siglo apareció como la potencia que amenazaba el poder de occidente y que incluso podía llegar a superarlo. Sigue pues que, retomando a A. Gramsci, las crisis de las transiciones consisten precisamente en que “lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer”¹. En este caso vemos un

¹ Antonio Gramsci. *Cuadernos de la cárcel*, edición de Valentino Gerratana, traducción de José María Aricó (Ciudad de México: Ediciones Era, 1981), 311.

ejemplo de los “monstruos” o anomalías que pueden surgir dentro de esas transiciones, ejemplificando en las formas alternativas de vida que surgen entre la llamada última generación soviética para entrever —como indica su título—, cómo vivía, qué creaba, de qué se reía y con qué soñaba la última generación soviética.

En segundo lugar, continuando con dichas ideas los estudios sobre la vida cotidiana nos permiten entrelazar las historias de las crisis políticas de gran escala con el nivel de experimentación de la sociedad civil. Así, encontramos en ella repercusiones inimaginadas y particulares de lo que a veces parece ser la historia “principal”. En relación con esta problemática, Yurchak investiga las maneras de responder a los discursos, interpretaciones inesperadas, vidas y formas de expresión que se salen de la norma. En este caso, el autor pone de relieve la capacidad y la agencia de la juventud, la cual suele ser un actor ignorado y/o subestimado en los análisis históricos, pero que cobra una relevancia especial justamente en la segunda mitad del siglo XX. Esta obra incorpora a la historia de las paradojas del socialismo, las paradojas de la vida cotidiana ejemplificadas en las vivencias de la población, en su cultura material y en sus interacciones sociales. A través de la investigación sobre los valores y las creencias, no solo va a caracterizar a la juventud que vivía de forma alternativa sino también a llevar a cabo el análisis de una decadencia y de una crisis política que fueron expresadas en y por esa generación. Esta aproximación nos permite reflexionar no solo sobre esta última generación soviética, sino también acerca de las repercusiones y las experiencias de la población civil frente a cualquier régimen político, exhibiendo y demostrando una vez más que históricamente los pueblos actúan de maneras autónomas y en cierto modo independientes a los regímenes políticos que buscan controlarlos.

Precisamente, el libro se encarga de analizar a “la generación más joven: las personas que nacieron entre los años cincuenta y comienzos de los setenta y llegaron a la mayoría de edad entre los años setenta y mediados de los ochenta” (p. 54). ¿Por qué elige este recorte poblacional? Producto de sus experiencias en común y el cambio discursivo que ocurre en esos años, el estudio de la última generación de jóvenes soviéticos le permite analizar al autor el impacto que tuvo la caída de la URSS en un grupo humano que había crecido con el supuesto de inmutabilidad y eternidad del sistema socialista. Sin embargo, según recoge el autor en los testimonios, se encontraron en cierta manera preparados para que ocurriera la caída del régimen. ¿Por qué

sucedió esto? Justamente, los miembros de esta generación “no experimentaron ninguna de las transformaciones del sistema y el estilo de vida soviéticos hasta la *perestroika*” (p. 55) (es decir que no atravesaron las grandes gestas y luchas que marcaron la historia de la URSS, como la Segunda Guerra Mundial). Esencialmente, su experiencia común estaba edificada alrededor de lo que Yurchak llama el cambio performativo frente al discurso autoritativo que pregonaba el carácter imperturbable de la Unión Soviética. En este sentido “todos ellos compartían ideas, significados y procesos particulares de ese período” (p. 55).

Los años de Brezhnev supusieron un período clave para esta transformación del discurso. Sobre el análisis de los discursos, Yurchak observa que en la URSS existía un discurso autoritario autónomo propio, el cual comenzó a normalizarse y volverse predecible. Así, durante este momento que el autor señala se volvió más importante el componente performativo que el contenido en sí mismo: la forma y la repetición se valorizaron más que los significados de lo que se expresaba en el discurso. La observación de las formas discursivas y su consiguiente interacción con la población y la sociedad civil le permiten al autor analizar cómo se fue generando una cultura social y política que ayudó a construir una subjetividad que, a su vez, generó formas de vida alternativas. Es por ello que, en respuesta a esa hipernormalización discursiva, las personas terminaron encontrando maneras de responder a la parte performativa de la vida soviética de una manera que permitió, al mismo tiempo, construir vidas paralelas a la saturación socialista.

En relación con la metodología de construcción de este estudio, el autor relata que para comenzar esta investigación publicó un aviso en el que buscaba recolectar testimonios de quienes habían vivido este período. En este anuncio, Yurchak busca responder a su interrogante principal, que es: “¿qué pasaba en sus vidas antes de 1985, que hizo que este cambio fuera tan inesperado y al mismo tiempo tan profundo y rápido?” (p. 53). Se pregunta:

“¿Cómo recordamos nuestras vidas antes de 1985, antes de los cambios de la *perestroika*? Nuestros sentimientos y experiencias de los años soviéticos están documentados en escritos personales, diarios íntimos y cartas. Estoy realizando un estudio sociológico del período comprendido entre los años sesenta y el comienzo de la *perestroika*, y busco escritos personales sobre la vida cotidiana en aquella época” (p. 52).

Adicionalmente, el autor incorpora un corpus muy diverso de materiales y fuentes que le sirven para retratar el período. Utiliza así fuentes primarias que van desde relatos del socialismo

tardío producidos durante este período, como por ejemplo testimonios personales de quienes vivieron esta época (diarios íntimos, cartas, chistes, canciones, etc.) hasta publicaciones soviéticas oficiales (discursos y documentos, artículos periodísticos, propaganda) y también lo que llama materiales retrospectivos (entrevistas, memorias, ensayos y narrativas posteriores).

Además, esta investigación nos invita (o más bien nos apremia) a reevaluar los supuestos binarios que usualmente se posan sobre la experiencia soviética y desligarnos de las dicotomías comunes: censura vs. libertad, público vs. privado, oficial vs. extraoficial, opresión vs. resistencia, buenos vs. malos. El autor no sólo discute con las corrientes que ponen énfasis en la oposición entre lo moral occidental y lo inmoral soviético, sino que también con las metáforas binarias a las que se refiere constantemente en nuestra vida cotidiana, las cuales no hacen más que reforzar estereotipos caducos e impedir una comprensión más profunda de los sucesos. La discusión implícita que subyace implica una demonización de ese opuesto y, por consiguiente, se suele poner la indignación y la inquietud por sobre la asimilación de los fenómenos a través del entendimiento de sus dinámicas. En este sentido, el autor resalta una dimensión fundamental y muchas veces sobreestimada en los estudios sobre el socialismo y la Unión Soviética: que los valores y los modos de vida socialistas tenían una importancia genuina para quienes transitaron este período de la historia y vivieron este proceso. Vivir el socialismo era para ellos una forma de ver el mundo aprehendida y apropiada, y no una coerción impuesta por un actor externo. Por ello, Yurchak afirma que, a la hora de aproximarnos a este objeto es fundamental entender “las paradojas éticas y estéticas que suscitaba el ‘socialismo real’ en las vidas de muchos de sus ciudadanos” (p. 28).

En el primer capítulo, titulado “Socialismo tardío: un Estado eterno”, se presentan los lineamientos sobre los cuales sostendrá su análisis del discurso autoritativo soviético y los consiguientes impactos que este tuvo sobre la población. Para esto, Yurchak retoma los aportes de la teoría discursiva de Mijaíl Bajtin y de allí obtiene una noción transversal para su análisis: el discurso autoritativo. Esta forma discursiva consiste en una forma de ideología que “gira alrededor de una idea externa estricta o dogma y ocupa una posición particular dentro del régimen discursivo” (p. 34) y que se encuentra moldeado y determinado con un guion, condicionando a su vez el resto de los discursos e ideologías existentes. En este sentido, entiende que el discurso político del PCUS durante el período estudiado responde a estas condiciones, ya

que se forma y se apoya sobre un guion regulado y estricto en el cual se pueden afirmar algunas cosas y se rechazan otras, además de que moldea el resto de los discursos que se replican en la sociedad. Sucede pues que se forma una “estandarización en la forma del discurso: fija, uniforme, normalizada, ubicua y predecible” (p. 34).

En este capítulo, el autor presenta un concepto transversal que utiliza a lo largo de toda la investigación para el análisis del discurso: la paradoja de Lefort. Esta herramienta conceptual le permite analizar el desarrollo y los cambios en la forma de enunciar el discurso ideológico por parte del Partido y sus organismos a lo largo del período que estudia. De esta manera, facilita la explicación de la paradoja del discurso autoritativo y de la crisis que sucede justamente durante el socialismo tardío. Como parte de este análisis, la paradoja de Lefort consiste en una regla ideológica que establece que el discurso autoritativo “debe proclamar que representa una verdad objetiva que existe por fuera de él” (p. 29). Es por esto que la muerte de Iósif Stalin (fallecido en 1953) resulta tan problemática, ya que significa la desaparición de ese maestro que detentaba esa verdad objetiva externa, dejando al descubierto el carácter tambaleante de un sistema que supo parecer inamovible y permitiendo entrever las fisuras del discurso. A su vez, este capítulo describe la ritualización de la participación electoral soviética. Frente a este objeto tan controvertido como es la participación de los ciudadanos soviéticos en los actos ritualizados, Yurchak advierte que no pueden ser reducidos a meros actos sin agencia, sino que es parte importante del análisis entender cómo operaban internamente y qué significaban para los sujetos (p. 37).

En el segundo capítulo, titulado “La hegemonía de la forma: el inaudito cambio de paradigma de Stalin”, Yurchak describe “la estandarización y la predictibilidad de la vida soviética en los años setenta” (p. 68). El autor parte del análisis de la conformación de un lenguaje propiamente soviético, el cual responde a la ideología marxista-leninista, desde la Revolución Rusa, atravesando el stalinismo y hasta entrar en el cambio performativo que ocurre a partir de la desestalinización. Comienza entonces este recorrido analizando el nuevo lenguaje revolucionario que surge en los primeros años de vida de la Unión Soviética: un discurso con palabras inventadas que se consideraron en un principio como “ajenas a la sonoridad y al sistema formal de la lengua rusa” (p. 69). Más adelante, este lenguaje imbricado en la atmósfera revolucionaria y en el calor de

la formación de un nuevo sistema sirvió para pensar una nueva forma de ideología imbuida en el marxismo-leninismo. Así, los nuevos pensamientos se expresaron y a su vez necesitaron estos nuevos lenguajes y crearon “nuevos pensamiento de vida” (p. 70) reclinados en la conciencia comunista. El lenguaje sirvió como herramienta para la edificación de la conciencia comunista.

Entrada la década del veinte y avanzando hacia los treinta, Stalin toma el control del partido y se convierte en ese “maestro externo” de la paradoja de Lefort: él es quien posee la verdad objetiva que se expresa a través del discurso, colocándose como comunicador omnipresente. Sin embargo, luego de la muerte del líder y la elaboración del Informe Secreto del XX Congreso del PCUS, comienza la denuncia del culto a la personalidad y la retracción de la figura de Stalin de la ideología soviética. Con la desestalinización se inaugura “una transformación a gran escala del régimen de discurso y cultural soviético” (p. 71). La muerte del líder, a su vez, supuso la eliminación del “maestro externo” de la paradoja que poseía el monopolio de la verdad objetiva, es decir que “ya nadie ostenta la verdad externa que rige la ideología marxista-leninista” (p. 79). A partir de ese momento, el discurso autoritario es apropiado por las autoridades del Partido (ya que la redacción de discursos queda a cargo del comité), retirando la figura del maestro Stalin y dando lugar a la transformación de la dimensión constatativa del discurso en pos de su dimensión performativa. De esta manera, luego del período 1954-1956 se explica el cambio en la paradoja, la cual se vuelve real y se instala en la ideología y el discurso soviético, ya que “dado que ya no había ningún canon externo claro con relación al cual calibrar los propios textos para evaluar su precisión ideológica, aquello que constituía la norma de ese lenguaje se tornó cada vez más incognoscible” (p. 80). Así se inaugura el período del socialismo tardío que vive la última generación soviética, caracterizado por la estandarización y la hipernormalización discursiva.

En el tercer capítulo (“Ideología del revés: ética y poética”), Yurchak analiza la participación de los miembros de la última generación soviética en la reproducción de la norma del discurso autoritario dentro del contexto de la organización del Komsomol (rama juvenil del Partido Comunista). Desde aquí comienza a desarrollar el papel de la juventud y de las disidencias que ejercen los jóvenes de esta generación frente a las imposiciones del Estado. Como explicamos anteriormente, para la última generación soviética, la función poética del lenguaje se tornó diferente de su función referencial y durante el momento del socialismo tardío, “la función

poética realizó el gesto opuesto: multiplicó y fijo estas formas y las tornan inevitables” (p. 123). Debido a la hipernormalización del discurso y la jerarquización institucional que producía y distribuía documentos oficiales, los jóvenes comenzaron a comprender cómo cumplir con las formalidades hipernormalizadas para luego poder ocuparse de otros asuntos prácticos.

Frente a ellas, el autor entiende que en el contexto de la organización del Komsomol los jóvenes seguían y reproducían las formas normalizadas, pero al mismo tiempo reinterpretan los textos y encuentran significados imprevistos. De esta manera “el cambio resultó en una creciente importancia de la dimensión performativa en los textos, rituales e ilustraciones de naturaleza ideológica y una creciente falta de anclaje de su dimensión constatativa” (p. 124) que a su vez “permítia que las personas participaran en otras formas y significados creativos e imprevistos en sus vidas cotidianas” (p. 124). Estos significados son posibles a través del entendimiento de estos jóvenes sobre el lenguaje político, el cual permite aplicar significados diferentes a una misma representación normalizada. Se da de esta manera lo que el autor llama “trabajo con sentido a través de la pura formalidad” (p. 140). Este trabajo implica el respeto de la pura formalidad como parazón ideológico de acuerdo con la dimensión performativa —se realizan rituales, se pronuncian discursos estereotipados, se redactan documentos de acuerdo a la línea estipulada por la verticalidad— pero estos no impiden que se realicen otro tipo de trabajos bajo la “máscara” de la formalidad fijada por el discurso hipernormalizado. No obstante, Yurchak resalta que los jóvenes que formaban parte del Komsomol realmente creían en los ideales comunistas y en sus banderas, pero que se sentían “ajenos al formalismo sin sentido” (p.142). En este sentido, no plantea tampoco una oposición necesaria, sino una interacción constante en la que se “reinterpretaba por cuenta propia muchas cosas que el Komsomol representaba” pero esto no “implicaba que se opusiera a metas ideológicas amplias o se resistiera a los ideales comunistas” sino que estas eran “parte inédita de su manera de entender la identidad, las metas y la ética comunista” (p. 140). La reiteración del marco simbólico propició, así, la aparición de significados inéditos e imprevisibles, que surgen de forma espontánea a partir de la rutina.

Para ejemplificar otras vivencias alternativas, en el cuarto capítulo Yurchak investiga la categoría de “*vyne*” (la condición de estar dentro y fuera del sistema) y las prácticas de la *obschenie* (la costumbre de compartir espacios comunitarios de socialización). Estudia para ello algunas ma-

nifestaciones de las paradojas culturales dentro del socialismo tardío: un palacio de intelectuales, un club literario, un círculo de científicos, un café para discutir ideas. Todos estos lugares permitían la convergencia de valores compartidos y otorgaban cierto “escape” a las presiones de la vida social y política soviética.

El problema consistía en que “la relación de estos públicos con el discurso autoritativo no era de oposición ni de apoyo; consistía simplemente en ser *vyne*” (p. 205). En este sentido, el autor resalta que estas manifestaciones y actividades que se consideraban y actuaban como fuera de la vida soviética habían sido producto de espacios posibilitados por el mismo sistema. El estado socialista y la promoción de los valores educativos de aprendizaje, colectivismo y conocimiento científico habilitaron los lugares que luego desde esas mismas bases se proyectaron como personas soviéticas “comunes”, proyectando una “vida normal en el socialismo cotidiano, ahora imbuida de una creatividad que el sistema posibilitará pero no determinada en su totalidad” (p. 206).

El quinto capítulo se dedica a trabajar sobre el mundo imaginario elaborado en torno al “Occidente imaginario” entre la juventud soviética. Producto de las limitaciones mismas ejercidas por el Partido, se fue configurando una idea de Occidente que acaparaba sueños y esperanzas como un lugar “más allá” de lo soviético. Así, muchos jóvenes comenzaron a relacionarse con elementos de la cultura occidental de la segunda mitad del siglo XX como la música rock, el jazz, el cine y la radio occidental. Sobre esto, el autor desarrolla cuáles fueron las formas en que se desarrollaron estos elementos culturales y cómo estas fueron respondidas en mayor o menor medida por el Estado soviético. Para el caso de la música occidental, entendemos que el Estado buscaba un equilibrio entre promover el arte permitido y al mismo tiempo, restringir la circulación de la música dañina.

El siguiente capítulo, titulado “Los verdaderos colores del comunismo”, profundiza la influencia particular del rock en la juventud soviética. Se plantea que el rock funcionó como un arma ideológica que la juventud de los años sesenta y setenta adoptó como piedra fundamental de su cultura. A través del estudio de la distribución de grabaciones, los clubes, vínculos informales y las amistades, la prensa musical y las bandas locales amateur, Yurchak se adentra en el mundo del *underground* soviético para explicitar las paradojas de la interrelación entre política y cultura. El

autor plantea que, a partir de la influencia de la música occidental dentro de la lógica soviética, se produce una desterritorialización de los sentidos soviéticos dentro de su propio seno. No obstante, el autor afirma que la integración del rock en la juventud no fue necesariamente de oposición y contradicción, sino que lograron conciliar la música occidental y su simbología con su contexto y los valores comunistas, pero reorientándolos en una dirección distinta a la que pretendía el Partido (p. 289) resultando en una “compleja coexistencia de mensajes” (p. 303). De esta manera, sostiene que la música occidental y sus agregados culturales “lejos de ser necesariamente opuestos o de estar separados de la cultura socialista, se encuentran profundamente integrados en ella” (p. 293). Frente al occidente imaginario cada vez más inmiscuido, las medidas tomadas por el gobierno posibilitaron y encendieron la chispa para la extensión de la distribución de música occidental.

Por último, el capítulo 7 (“Ironía mortal: necroestética, “stiob” y anekdoty”) reúne manifestaciones cotidianas disidentes que expresaban el sarcasmo y los desafíos para con el sistema soviético tardío. Caracteriza las expresiones de indiferencia, de ironía, de competencia al sistema. Para esto retoma la categoría de *vyne* como característica del socialismo tardío, entendiéndola como una relación de “completa indiferencia” (p. 332) hacia el régimen. Sin embargo, retomando a Bajtin, Yurchak sostiene que estas manifestaciones, que a simple vista pueden aparecer como rebeldes, “no pueden entenderse simplemente como una forma de resistencia a los símbolos autoritativos porque también llevan un sentimiento de afinidad y calidez hacia ellos” (p. 342). En este sentido, comprendemos que la estética de la ambivalencia no necesariamente se oponía al sistema, sino que desplazaba el orden simbólico llevando una desterritorialización endógena.

Dentro de estas expresiones, analiza el humor y la ironía a través de diferentes fuentes elaboradas por ciudadanos comunes. Esencialmente, los chistes del socialismo tardío caminaban en el equilibrio entre la comprensión del régimen y la oposición y la crítica, funcionando como una forma de resistencia, pero no tanto como oposición frontal, sino más bien como una “declaración clandestina de la verdad” (p. 372). Este “humor que ha[bía] dejado de luchar” tiene una función compleja y difícil de entrever a simple vista, más allá de considerarlo solamente una disconformidad con el sistema. Yurchak sostiene que el humor del socialismo tardío fue posibilitado por la hi-

pernormalización discursiva. La persistencia de lo performativo abrió las puertas a las burlas y las ironías realizadas sobre ese mismo discurso oficial. Se expresaban así a la perfección las paradojas del socialismo entendidas desde la vida cotidiana de los ciudadanos, quienes llevaban el humor en sus vidas como parte de la realidad soviética al mismo tiempo que la desterritorializaban. El papel de la comedia y de lo absurdo permitían a la población convivir en un período de paradojas políticas con un tinte de resistencia y otro de complicidad.

El conjunto de reformas introducidas en los años ochenta por el secretario general Mijaíl Gorbachov “rompió sin querer la estructura circular del discurso de autoridad” (p. 394). Finalmente, frente a la ruptura inesperada del régimen discursivo, comenzó la reacción en cadena que acabó con la fachada del discurso autoritativo hipernormalizado (por ejemplo, a través de la introducción de la autocrítica en los discursos). La dimensión performativa quedó a la vista cuando las reformas estructurales dejaron entrever el cuestionamiento a la verdad objetiva de la ideología marxista-leninista. No obstante, Yurchak busca plantear una serie de preguntas más complejas: ¿Cuáles fueron las contradicciones endógenas que posibilitaron la caída del sistema? ¿De qué manera estas paradojas hacían parecer inverosímil la caída del sistema comunista y al mismo tiempo nada sorprendente? ¿Cuáles fueron las condiciones por las cuales comprendieron y asimilaron este cambio inesperado? Y, dentro del socialismo tardío, ¿cómo se producían, distribuían y apropiaban los discursos entre la juventud? Analizando diferentes manifestaciones y expresiones de la vida cotidiana, logra aproximarse a una explicación que comprende la variedad de experiencias subjetivas propiamente humanas. De esta manera, al examinar los cambios internos imperceptibles en la superficie como el humor, los chistes, la música, Yurchak logra ver las contradicciones ocultas que escapan a los regímenes políticos más sólidos y que pueden ser las que permitan la adaptación a realidades diferentes. Logra así ilustrar el desplazamiento interno y la *desterritorialización* que conlleva a la lenta mutación del sistema soviético y su hegemonía.

Así, el autor combina el análisis del discurso y la historia conceptual con dimensiones plenamente materiales de la historia de la vida cotidiana, permitiendo una explicación novedosa y alternativa. *Todo era para siempre hasta que dejó de existir* provee una refrescante explicación de una crisis política desde un lente profundamente social. Atiende, al mismo tiempo, a las teorías

posmodernas sobre la utilización del lenguaje sin dejar ir la materialidad de la vida cotidiana de los sujetos y, a su vez, sus aparentes contradicciones.

En definitiva, la obra de Yurchak aporta un enfoque novedoso que combina el estudio de la vida cotidiana, el análisis del discurso político y una interpretación sobre el socialismo tardío que busca prescindir de los convencionalismos. Este libro es mucho más que un relato de la juventud durante el socialismo tardío. Se trata de una investigación sobre las manifestaciones de disidencia que nos demuestra que la historia cotidiana siempre va de la mano con la llamada “historia grande” y que ambas se entrelazan en los lugares que menos esperamos: una carta entre amigos, una banda de rock, un contrabando de equipos de radio.